

# Al ritmo de la noche

Encerrados en el Brasilia 72 de Mimi vemos caer la lluvia en la noche mientras discutimos los grandes temas que ahora nos toca vivir. Atrás ha quedado ya el julepe del cumpleaños de Juan Angel y sus amiguitas con bragueta llena, y el baile de algunas nenas de verdad que contoneaban las caderas entre ellas y dejaban ver las piernas muy pero muy deseables, infierno, al punto de empezar yo a morder los cigarrillos un poquitín nervioso. Un CD de Nino Segarra y luego otro y otro con temas como: *El baile del cha-cha-cha*. Qué locura enamorarme de tí o Los hombres sazonados, igual los tragos unos tras otros preparados por mi propia mano, bien cargaditos de dobles intenciones, y que Mimi empezaba a tomarlos frunciendo su preciosa nariz. Después seguramente se acostumbraba y desfruncía o volvíamos a la carga con eso de hablar y hablar debido a tanto tiempo de no vernos. Salsas, y el trago era lo de menos porque ella había quedado con la tutela de su hijita de año y medio y buena amistad con quien dejó de ser su marido un poco atrás. Estaba bien, no se arrepentía porque la nena era lo mejor de su vida íntegra aunque eso sí le hubiera gustado por lo menos un hijo más antes de divorciarse.

En plena fiesta del cumpleaños me dijo: - Tarde me enteré que no debes divorciarte si no tienes dos hijos. Dos es un número ideal, así no tienes más con otro hombre. Inclusive hubiera hecho un acuerdo con él, para que tampoco los tuviera por su cuenta. Pero uno, uno... me va a dar pena verla solita y seguro que con el tiempo voy a darle un compañerito. De otro padre, claro, es la pena.

Curioso todo el problema porque unos años atrás hablábamos livianito del río y del verano únicamente, de la gente que llegaba a Tarija por vacaciones, y solamente nos poníamos aburridos cuando alguien de pasada se hacía al culto y entonces algo había que decir para no perder terreno en la charla, pero muy pronto otra vez a eso de las fiestas que nos gustaban tanto y que eran tan simples de armar, unas botellas de singani, unos limones, unas sodas blancas con hielo y la guitarra casi al mismo tiempo desde la sombra del parral.

Yo atiné a contestar: - Mi madre hizo eso. Volvió a Tarija donde mi padre después de cinco años de separación, nació yo y retornamos a Cochabamba sólo los tres, con mi hermana mayor, e inició el divorcio.

Hm. Madre inteligente. Ahora se veía.

Mimi pareció alegrarse con la constatación objetiva de su teoría. Frunció la nariz y tomó un trago largo, profundo. Las nenas de las lindas piernas bailaban solas porque eran como cinco y los muchachos de verdad dos, sin contarme, todos mirando hacia el patio donde Juan Angel y sus amigos roscaizquierda (seis) reían dueños de la fiesta frotándose las manos y pasándose las por el cepillo grasoso de sus cabellos cortísimos y sus cuellos con cadenas, de espaldas a la música, de espaldas al baile de las lindas piernas y de espaldas a nosotros que estrenábamos temas de nuestra generación.

- Mi madre me pregunta hasta ahora: "¿Qué le viste, Mimi? ¿No te dije que parecía un titikako? Y encima casarte".

La vida parecía ser así. Alguno de los de afuera se llegó a nosotros con su chufly en la mano, besó a Mimi sujetándola por la nuca, cancherísimo, y rápidamente inició una charla estándar repleta de mamita, reymita, qué es de tal, qué es de cual, para luego, previa caída de ojos, reparar en mí. ¿Collita también? ¿Norteamericano? Te gustaban los nortebos, Mimi, ojitos de cuchi. Nada que hacerle.

- Es tarjeño - aclaró Mimi, divertida. Aunque no ejerza.

Oh, de todos modos era un alivio, madre. Inmediatamente me invitó un trago que luego rápido yo invité a Mimi y Mimi a una de las piernas lindas que bailaba unos metros más allá, por lo que me abandonó al muchacho.

Uno comprueba que sigue siendo un animal cuando empieza a oler el peligro. El muchacho me tendió la mano presentándose con una voz entre prido de tren y castaño de verano ("Victor me dicea Mamasgrandes"). No me la soltó sino hasta que yo jalé y force que lo hiciera. Entonces empezó a mirarme con ojos chiquitos,



enamorados, cepillando su diminuta cabellera tres veces cada diez segundos, ansioso. Se sentó en el asiento de Mimi y encendió un cigarrillo que luego me lo ofreció.

- Enciendo otro - dije yo.

El insistió con el mismo chorro de voz de su salud: - Tómalo, machito. No te voy a contagiar nada.

Mimi desapareció entre sus amigas y pronto volvió a aparecer bailando en grupo, con un trago en la mano, infierno infierno que no repararía en mis ojos desesperados y que más bien giraría el cuerpo para mostrarme su culto dengueador, salsero y debidamente profanado por su ex, y sus corvas brillantes por el profanado y tirantes por sus trotes mañaneros, pero yo necesitaba los ojos de Mimi y no el espectáculo grande de su trasero, orgullo familiar seguramente, porque mi nariz animal seguía indicándome que el peligro acechaba. Los ojitos del muchacho continuaban clavados en mi cara como alfileres de modista.

El posó una manota en mi muslo.

- ¿Cómo haces para conservarte? - preguntó. - ¿Cuántos años...

Mimi giró el cuerpo, se ubicó de frente, y tal vez alcanzó a divisar la mano peluda en mi muslo. Algo dijo a sus amigas que también miraron hacia la manota y luego se dirigió hacia nosotros moviendo sus columnas de carne torneada con una gracia de madre mía, casi suficiente para sacarme del pantano de mis hilis negra.

- Me das asco - alcancé a decirle al mamasgrandes.

- ¿Asco? - abrió los ojos y chilló espantado. - ¿Te doy asco? ¿Qué te crees que soy, retrógrada? ¿Un gusano, una rata, una mierda pasada soy?.

Jugueteé nervioso con el cigarrillo sin encender y miré a Mimi ya con nosotros que miraba a todos preocupada. Algunas nenas se llevaban la mano a la boca y escondían la risa a los nervios o voya a saberse qué, pero los luchachotes del patio llegaron juntos buscando una explicación para los chillidos del colegio.

- Dijo que le dos asco - explicó, de pie.

- ¿Lo qué? - preguntó el cumpleaños Juan Angel más amanerado que todos.

- ¿Asco? ¡Dijo que le doy asco y eso significa que...

Apuntó y recorrió con el índice a cada uno de los bragueta llenas. Juan Angel abrió mariconismo los ojos, enterado, impactado por el chisme y miró, a su vez, a los restantes cinco. ¿Eso dijo? ¿Qué éramos un asco?

Me alcé de hombros y preferí desinflar el

problema: -Tú me das asco. Los demás, no.

La realidad pareció hacer un súbito stop pero mis palabras no causaron el efecto deseado. El ruido a latas de la salsa de Segarra rebotó como un par de veces y luego calló, se extinguió, y nadie lanzó otro CD para evitar el desastre.

- No te creo - dijo uno de ellos como dando un paso al frente, con el ceño fruncido. - Seguro que te damos asco todos. ¿Por qué sería sólo el?.

- ¡Eso! - apuntó Juan Angel, enterado.

Infierno la desgracia mía el blanco perfecto que llegué a ser en medio de los chuflyes el petit-bouche de queso los danzantes los del otro equipo y mi amiga Mimi (seguramente arrepentida de haberme llevado a su fiesta) infierno de inflamación nivel hígado por no saberme callar una vez en la vida, la puta que te parió. El dedo acusador todavía plineaba en el aire apuntándome y el maricon del cumpleaños seguía metiendo fuele para que el fuego no muriera, exigían una respuesta que se las di machamente: - Pensándolo bien, ustedes me dan mucho más asco que el mamasgrandes.

Oh, lástima se acabó la posible intermediación de las nenas porque entonces no era un malentendido sino una certera afirmación. Mimi decidida ya había tomado su pequeño bolso y sus cigarrillos y mi mano para jalarme a tropezones lo más lejos posible del conflicto y empezar a reír con mucho de nervios bajo el techo de su Brasilia. Por pura preocupación bajamos los botones de las puertas así que Mimi volvió a lanzar su risa suelta y larga como sus cabellos y yo a pensar frases en inglés que es lo que me ocurre cuando estoy con el corazón en la garganta. Las puertas de la casa se abrieron y nosotros rajamos como los perros ante la amenaza de la piedra arteria, y no paramos hasta llegar a la avenida Costanera, como enfilando hacia el arropuerto, volver a reír, bloody hell, encender unos cigarros y recapitular brevemente para luego pasar a ni estros temas.

Inmediatamente comenzó a llover.

-Me revienta la falta de dinero - dijo Mimi-. Todo me es más difícil porque no tengo para nada, y cuando una es madre empieza a pensar en el futuro. Dios, no le hice caso a mi madre nunca, ni siquiera estudié.

- Hazlo ahora, Mimi - dije yo-. No es tarde si elijes bien.

Uf, Mimi pareció molestarse. Tú qué sabes de eso, nante, ni estudiaste ni te casaste y sigues viviendo en un chango, mirate, bajo el vidrio de la ventanilla y respiró profundamente el aire húmedo de la lluvia.

- Hemos crecido irresponsablemente, Salsas, sin pensar en que un día íbamos a convertirnos en padres, en adultos y en viejos. Ya me da miedo despertar, me da miedo encontrarme con un memo de despido encima el escritorio, me da vergüenza darme de lleno con los ojos de mi niña, vivir con mi madre... A veces llega de visita mi hermano que es militar, imagnate, y todavía le alcanza para humillarme mandándome por cigarrillos, pidiéndome mnte como si yo fuera la mocha, la criada, la arrimada... Ni buenos amigos tengo.

- Los marcos menos - dije, seco, sin ganas de reír.

Estiré la mano para atrapar la de Mimi triste que colgaba del respaldo de su asiento. Infierno de decisión porque ella la retiró de inmediato, sin ganas de herirme o de rechazarme, sin ganas de explicarme nada, se la guardó en la otra mano y giró el cuello buscando aire en la ventanilla abierta. Los hombres ya me buscan sólo para llevarme a la cama, seguro debido a mi nuevo estado civil: divorciada. Eso soy.

-No te seques, Mimi. Sufrí, aprendí, caíste y parate cien veces, pero no te seques del corazón. Ni siquiera te acuerdes. No te tengas miedo a la vida, ni a los hombres. Ni a las mujeres. Infierno, sé fuerte.

Lentamente fue cediendo la lluvia. Mis palabras rebatieron convincentes en el techo bajo del Brasilia, sonoras en el silencio de la medianoche, luminosas a la luz de los charcos de agua en la calzada y la vereda, y parecieron desdoblarse como abriendo los brazos para unirnos más fuertemente que el abrazo que luego nos dimos de corazón.

Gonzalo Lema